



LAS DOS CARATULAS

POR RAUL CARRASCO



EN TRE fines de noviembre y en el curso del presente mes de diciembre, se ha realizado en nuestra capital, el "Festival del Teatro Chileno", auspiciado por el Instituto Chileno-Norteamericano de Cultura y con la participación de autores y de actores nacionales.

En los Teatros Imperio, Maru, Petit Rex, L'Atelier Municipal, se han ofrecido al público estos espectáculos, integrantes del interesante torneo artístico, cuyo balance—desde el punto de vista informativo y crítico— encontrarán los lectores en esta página. Esta sección de nuestra revista, se ha esmerado en proporcionar una síntesis y un juicio tan completo y objetivos como ha sido posible.

EL CASI CASAMIENTO de Daniel Barros Grez, por el Teatro Experimental de la Universidad de Chile. Teatro Municipal.

Esta comedia es un vinillo añejo, sabroso y reconfortante. De ella, sólo diremos que resulta casi increíble si imaginamos lo que fué el teatro de la segunda mitad del siglo pasado en nuestro país. Hasta 1900, se había escrito alrededor de 500 obras para la escena en Chile. De éstas, son muy escasas—no más de una veintena tal vez— las que realmente tengan un valor que sobrepase al documental.

De la puesta en escena del Experimental, sólo expresaremos que no estamos de acuerdo—en forma casi absoluta— ni en la dirección ni en la actuación. Vamos sólo a hablar de Bélgica Castro—el único que merece una referencia serena—verdad— porque es quien demuestra poseer ese elemento básico en la actuación escénica que hace que ésta devenga en creación artística: lo llamaremos factor lúdico, es decir, esa aptitud de juego, esa cosa que se hace por encontrar placer en la acción misma y que transforma la labor en el escenario en un gozo auténtico en el que el actor es llevado a una entrega total, sin reservas, a la situación que está viviendo (no imitando que la vive). Y eso es lo que tiene Bélgica Castro en un grado superior al resto de sus compañeros. La contrapartida de este tipo de actuación lo encontramos en Héctor Marqués: tenso, rígido casi, realiza un trabajo de galeote que, estamos seguros, lo cansa y aburre terriblemente. Más relajado; pero fabricando un duro molde, en el que trata desesperadamente de meterse, Lillo nos ofrece un huaso acartonado y convencional en grado sumo: imitación, caricatura de huaso; pero no creatividad artística verdadera.

Ya hablaremos en otra ocasión de estos problemas. Tiene el montaje de esta pieza por el Experimental diversos puntos interesantes; pero, creemos,

EL FESTIVAL DE TEATRO CHILENO

EL SENADOR NO ES HONORABLE, drama en tres actos de Sergio Vodanovic, por el Teatro de Ensayo de la Universidad de Chile, en el Petit Rex.

He aquí la primera obra con pretensiones que nos ofreció el Festival; pretensiones que—nos apresuramos a declararlo— nos parecen totalmente justificadas.

La casa de los Cruz. Austeridad y tradición de trabajo y honradez. Ha fallecido recién el jefe de la familia, el Senador de la República don Lorenzo Cruz. La prensa, la nación entera ha sentido su muerte como la desaparición de una figura ilustre: su vida ha sido un ejemplo de grandeza moral. Toda su existencia fué una dura lucha por los problemas del pueblo. Su obra más importante fué su firme batallar por la habitación obrera, batallar que ha culminado en leyes que llevan su nombre. El partido a que perteneció levanta su nombre como una bandera y es su hijo quien debe ocupar ahora el sillón senatorial que él dejara vacío. Es una herencia de honor y de trabajo por el pueblo que no puede ser rehusada. El hijo, educado en esta escuela de rectitud y honestidad, está dispuesto a aceptar este sacrificio. Pero, de pronto, las cosas sufren un cambio esencial: el senador no es honorable. La verdad es que su vida fué un tejido de derrotas y fracasos morales. Hizo fortuna; sí; pero a costa de la mentira y del engaño, a costa de sucios negociados: las leyes de construcción de habitaciones para obreros fueron el resultado de turbios manejos que enriquecieron al senador Cruz y a los prohombres de su partido. Es un periodista venal el que primero pone en conocimiento de tales antecedentes al joven Cruz. Sus investigaciones y preguntas no hacen más que confirmar estos hechos. Su formación idealista lo hace comprender que sólo hay un camino que seguir, aunque la memoria de su padre quede manchada y aunque tenga que luchar contra el jefe mismo de su partido Ignacio Pinto, característico zorro viejo de la política y de los negocios y socio principal del senador fallecido en sus oscuras maquinaciones. Surge el combate entre el generoso impulso del joven Cruz por revelar a la faz pública la corrupción de un partido y sus dirigentes, y la astucia y doblez de éstos para derrotar las intenciones de aquél. Ninguna arma parece aquí sagrada: el amor maternal y la ternura de la novia son usados para doblegar al joven combatiente. Junto a la boia intriga y al proceder innoble. Es una batalla solitaria y el enemigo es poderoso. Cae la fortaleza y el joven Cruz acepta ser el continuador de su padre con toda la secuela de corrupción y baja que ello implica.

Esa es la historia. Hay algo que la hace sentir posible, verdadera. Ese algo es el hecho de que tal historia está firmemente enclavada en una situación vital. No es una creación abstracta, producto de filosofías o de elocubraciones metafísicas. Surge de la vida misma. Son sucesos del acontecer histórico de nuestros días. Es el otro lado—el lado íntimo—de la noticia que día a día nos entrega la prensa y la radio. Y no es cosa de otros continentes o de otros países, sino del nuestro, de Chile. Ese es tal vez su mayor mérito.

Los defectos que esta obra pudiera tener no están en su contenido, sino en su forma, en su estructura dramática. Señalaremos aquí estos aspectos no con torpe afán de censura, sino con la idea de clarificar conceptos y poner nuestra opinión al servicio de un valor real de nuestra producción dramática.

EL TONY COSQUILLAS de Isidoro Bas-sis Lawner, por la Compañía "Leguía-Córdoba", en el Teatro Imperio.

¿Qué podemos decir de esta obra? Creemos que nada nuevo añade al teatro chileno. Más aún, en el pasado, pudimos exhibir obras sobre este tema que, sin haber sido verdaderamente sobresalientes, están a un nivel mucho más alto que la comedia que comentamos. Recordamos, al pasar, "Los payasos se van", de Donoso, y "Mundial pantomima", de Moock. No es que consideremos el tema del circo y su aventura como algo sin importancia: por el contrario como toda actividad artística—y el circo lo es, en verdad—, ofrece un campo fecundísimo a la comedia o el drama. Es la forma de tratarlo la que no nos convence en esta pieza. Todo en ello fué gris, desvaído, sin chispa, sin relieve. La línea argumental débil, ilógica la más de las veces; prácticamente no existió esa cosa elemental que se llama la estructura dramática.

... están un tanto ahogados por los errores de la dirección que no supo, o no pudo, encontrar el justo camino que destacara los valores fundamentales de la comedia de Barros Grez. No insistiremos en ello. De todos modos, es una obra estrenada hace ya largo tiempo—a mediados de año si no estamos errados—. Hubiéramos preferido ver al Experimental en una pieza de un autor contemporáneo para estar a tono con el carácter del Festival.



ANIMADOR QUE NO SE DESANIMA.— Santiago del Campo alma y nervio de los festivales

Respecto de los caracteres, nuestro autor acertó con mayor precisión en los masculinos que en los femeninos. Nos parecieron logrados en gran medida los del profesor Altamira—lleno de humana debilidad— y el de Ignacio Pinto—el político macuco y corrompido. Lorenzo Cruz, el hijo del senador, está dibujado un poco de una pieza, sin mayores complicaciones psicológicas. Le resta simpatía su falta de habilidad y de conocimiento frente a la vida.

La dirección sufrió de algunos defectos que son ya una costumbre, en nuestro medio: las situaciones "cliché", el re-

citado de parlamentos dirigidos directamente al público, las escenas de amor sin nervio, estereotipadas, sin auténtica ternura y compuestas como para una tarjeta postal. Sin embargo, Letelier está aprendiendo su oficio y ello porque posee talento y sensibilidad. En "El Tiempo y Los Conway", obtuvo un mayor éxito como director; seguramente por que en la pieza de Priestley fué más humano y directo.

Como trabajo interpretativo, consideramos que Jorge Alvarez rayó a gran altura. Es, con mucho, el actor con mayor parvenir del Teatro de Ensayo. Una a su inteligencia una capacidad extraordinaria para captar los matices psicológicos de los personajes que crea o para elaborarlos si ellos faltan. Siempre hay una atmósfera de verdad, emotiva y honda, en su actuación. El profesor Altamira encontró en él la comprensión de sus floquezas y de sus fracasos. Justo Ugarte siguió en méritos a Jorge Alvarez. Supo dar vida real a su personaje: Ignacio Pinto, el jefe político audaz y sin escrúpulos. Tal vez, en el papel del generoso e idealista amigo de Cruz, Jaime Celedón haya hecho el mejor trabajo de su carrera de actor. Estuvo convincente en su lealtad y en su angustia frente a la caída de su compañero de causa. Mario Montilles se desempeñó con acierto, a pesar de una que otra caída, en la caracterización del personaje central del drama. Mario Rodríguez dió con claridad las facetas del secretario servil y su tarea fué cumplida con honor. Alberto Rodríguez, el periodista venal, estuvo demasiado preocupado siempre del matiz de sus palabras; pero de un punto de vista intelectual, lo que quitó naturalidad a su faena interpretativa. Dejamos para el final la actuación del elemento femenino. Eran caracteres que, del punto de vista de su elaboración, no estaban bien dibujados. Por eso los intérpretes encontraron dificultades en su captación. Sylvia Infanta tiene belleza y prestancia escénica; pero hay una cierta frialdad inhibitoria que la hace algo rígida y deshumanizada. Le faltó ternura y calor a su trabajo. La madre, Gabriela Montes, no alcanzó en ningún momento la intensidad dramática que su papel requería. La vieja sirvienta, interpretada por Marina Viel, buscó dar relieve a un personaje episódico y de escaso realce. Es demasiado novata aún para jugarla.

En resumen, nos encontramos ante uno de los triunfos del Festival. Esta obra sola lo justificaría; pero felizmente hay otras creaciones de méritos que hará que este evento sea recordado con estimación.

LA RISA PERDIDA.— Por María Elena Gertner, autora y directora. Teatro Maru. Santiago.

El viernes 12 fué estrenada esta pieza, con lleno completo de periodistas y gente de teatro, especialmente invitados para presenciarla. Fué seguida con sumo interés por los asistentes. Tanto en los entre actos como al final, se promovieron comentarios animadísimos entre los espectadores. Predominó, sin embargo, la opinión de que no sólo se trataba de algo desconcertante, sino que, además, esta obra desbordaba los lindes habituales del género teatral. La nueva modalidad de que María Elena Gertner sería precursora, no se encuentra bastante perfilada ni definida en "La risa perdida". Permítasenos esperar otras producciones de la misma especie para pronunciarnos y emitir un juicio certero al respecto.



Libros y Revistas

He aquí un acierto editorial. Es un tomito con ocho piezas breves de teatro. No descamos señalar faltas de ninguna especie. No sería justo ni honrado. Es tal la falta de obras impresas para aquellos—grupos o personas—que desear montar un espectáculo dramático que esta compilación será recibida con verdadera alegría. Rubén Sotoconil ha sabido, con inteligencia y buen gusto, seleccionar un conjunto de crea-

ciones dramáticas—una o dos de ellas, verdaderas pequeñas joyas del teatro universal—de fácil realización. Pero hay algo más: cada una va precedida de algunas cuantas instrucciones que facilitan su puesta en escena. Se anotan, además, datos escuetos del autor y su significación.

Entre las ocho piezas hay arreglos escénicos del propio compilador. La primera parte está dedicada a los adultos; la segunda a los escolares. Las siguientes son las comedias y sus

TIEMPO DE VALS. De Miguel Frank, por la Compañía del Teatro L'Atelier.

Se trata de una comedia festiva, adornada con viñetas musicales. Resalta su espléndido montaje y dirección. Un tema intrascendente, finamente construido, cuya trama no sólo rehuye lo convencional, sino que lo busca, haciendo de este aspecto un motivo más del juego escénico. No hubo pretensión de gran comedia ni búsqueda de lo estruendosamente espectacular.



LA NIÑA PRECOZ. — María Elena Gertner, que escribió "La Risa Perdida" tiene 25 años apenas, al cabo de los cuales luce como autora, directora y actriz.

"Tiempo de Vals es, en todo, un espectáculo en el que el ingenio y el buen gusto se ven en cada detalle de su realización. El decorado—elegante y hermoso—concordó plenamente con el fino espíritu que todo lo uniformó. La música... bueno, ¿qué es "Tiempo de Vals"? ¿Opereta? ¿Comedia musical?—"Como gustéis"—podría decirnos el autor. En el fondo, tal vez no sea más que una regocijada tomadura de pelo a las comedias musicales, a las operetas, al público mismo... y aun a ciertos críticos a los que, si no es sesudo cuya severa "indignación" ha tenido la virtud de prolongar, un mes de unos días, el efecto cómico de esta comedia de Frank.

La actuación, en general estuvo ajustada a las exigencias de la pieza. Brilló a un alto nivel, la labor de Lilianette, quien posee envidiables condiciones para el género: sus intervenciones musicales fueron agradables siempre y siempre también saltó esa gran simpatía personal que la caracteriza. En cuanto a un verdadero trabajo interpretativo, es necesario destacar la magnífica actuación de Eduardo Gamboa que dió un relieve estupendo a su personaje: don Benjamín, el empresario teatral. Los demás cumplieron su cometido, si no con gloria, por lo menos con corrección. Es el director, sin duda, el que se lleva todos los honores.

Nos interesa este tipo de creación teatral, redescubierto por Miguel Frank (en el pasado, mucho de esto se cultivó en nuestro país con mucho éxito, aunque tal vez con un mayor ensamble entre lo musical y lo relativo al texto). Músicos y escritores nuestros podrían formar binomios que nos dieran creaciones para el teatro con humor y la música de nuestra tierra.

autores "Propuesta Matrimonial" de Anton P. Chejov; "Los Candelabros del Obispo" de Victor Hugo; "Cada Oveja con su Pareja" de Daniel Barros Grez; "Un Viaje Feliz" de Thornton Wilder; "Los Provincianos de 1862" de Pedro Ruiz Aldea; "La Sangre es un Mar Enorme" de Nicolás Guillén; "La Prueba" de Alonso de Ercilla, y "El Príncipe Feliz" de Oscar Wilde.